

Stevia Rebaudiana

Stevia Rebaudiana B., despidió a Lijvin y a Mandeyla, sus padres, y arribó a Buenos Aires a fines del milenio pasado.

Traía consigo a sus siete hermanos menores y sólo cinco acordeones.

Buscaban sitio por pares, para guarecerse de la gran ciudad y entristecer a los transeúntes con sus polkas al paso. Vendieron el instrumento sobrante para alquilar un cuarto en este pequeño hotel y de un día para otro desaparecieron. Todos menos ella.

Stevia fue dejando de ser una escuálida rumana bella e intrigante a quien nadie se animaba a saludar de frente y pasó a ser una chica de barrio, la más linda, de caderas amplias y robusta espalda. El asombroso misterio de su porte fue desplazado por la atractiva inseguridad crónica con la que expresaba el nuevo idioma a través de un exquisito vocabulario, pronunciando a duras penas palabras que a nadie recordaba que existían y encendiendo en cada interlocutor algo así como un deseo de lanzarse vorazmente al diccionario para ponerse a tono. Pero ninguno de sus vecinos dábamos el brazo a torcer y seguíamos tratando de interpretar conceptualmente lo que decía, muñidos de nuestro célebre ingenio ancestral.

Con la identidad nacional amenazada no sólo por esto de su hablar, sino por la constancia laboral que desempeñaba en un organismo de protección al medio ambiente a cambio de un magro salario, la vimos ir y venir transportando su fascinante puntualidad a

cuestas como una canasta colmada de manjares. Iba del trabajo al ciber, del ciber al hotel y del hotel al trabajo, exactamente a la misma hora.

Un día Stevia se sentó frente a la pantalla de la computadora y luego de abrir su casilla de Internet, empezó a contar los mensajes que venía recibiendo. Diariamente aparecían unos quince, todos del mismo remitente y conteniendo el mismo texto en inglés. Le anunciaban que había ganado una importante suma en dólares y que debía retirarlos, presentando su documentación, en una oficina de Londres. Decidió ir. Cobraría el dinero y de allí volvería a su país (si lograba encontrarlo: los límites de esa zona son una incógnita mundial) a reunirse con sus parientes.

Nosotros, los ciudadanos del hotel, sonreímos. En verdad ya estábamos extrañando aquella rumanita recién llegada, despojada de recursos prácticos y materiales, a quien nunca le parecimos increíbles.

Disimulando la chispa burlona que nos salía hasta por las orejas, coincidimos en hacerle una cena de despedida en el hall de entrada, la víspera de su viaje. Del que no volvió. Nos escribe siempre, prolijamente, cada cuatro meses exactos. Jamás una palabra del dinero, así que debe haber sido cierto.

Tendríamos que contestarle algún día...

Nora Martínez

Fondo de reserva

En una de esas tardes en las que pocas consultas en sala y cierta desidia vacacional estaban por hundirnos en la melancolía, una energía casi heroica empujó a mi compañera de la Biblioteca Municipal a reordenar el anaquel completo de la colección *Robin Hood*, mientras yo traía el consabido tecito y torcía la cabeza esperando alguna indicación.

Pero, como suele pasar por estos días, con su modesta épica del orden alcanzaba. Y hasta hubo resto para ir recordando algunas escenas del pasado, un par de socios históricos y algunos pequeños crímenes privados, perpetrados en la Sala de Lectura e invisibles para casi todos. En unas pocas horas de relato pude intuir, entonces, el porqué del odio cordial profesado hacia la mujer del archivo, la admiración mal disimulada por el referencista ya canoso y los modos silenciosos en que mis colegas venían negociando algunos paliativos.

Con la tarea casi terminada y al límite de mi horario, guardamos los volúmenes que se habían devuelto ese día, mientras mi compañera, esta vez con el diccionario en la mano, comentaba lo raro que le resultaba pensar en que “indemnización viene de indemne que es un adjetivo que se aplica a lo que no ha sufrido daño o perjuicio en ocasión en que podía haberlos sufrido” y terminaba la frase con un “já, para qué cuernos se necesita la reparación, entonces”.

Al otro día, no pareció sorprenderle a nadie su propuesta de que se multara a los socios morosos con una cantidad de dinero que dependiera de los días de atraso y el número de volúmenes adeudados. Esa tarde hubiera querido encontrar algo para leerle acerca de que no hay indemnización justa hasta que no se invente el olvido voluntario, que es la forma de negociación más amable y también la más difícil. Pero mientras preparábamos la grilla de penalidades se respiraba en el aire tal exaltación, que decidí dejar el apoyo bibliográfico por un rato y empezar a creer que hay otros desvíos posibles para reparar el pasado.

María Martha Gigena

Una vida simple

Baja una mano y sonríe: hace horas que espero la comida.

Su mujer no contesta. Mira la ventana. Él no dice nada, anota algo en un papel y sigue leyendo. Una hoja se desliza entre sus piernas, la levanta y la lee al pasarla frente a su cara, la deja sobre la mesa. Sigue su lectura.

Su mujer no habla, la acaricia.

La noche, la noche... murmura, mientras se pasea por el cuarto. Busca una palabra para rimar con otra. La noche... la noche hermana de la muerte... la noche en que ella subió las escaleras que dan al cuarto de un vecino.

Porque ella tiene sus costumbres. Vomita en el cenicero, arranca las hojas de los almanaques y las pega en la pared del baño.

Es una vida serena, una vida sin azar. Sus cabellos envuelven su cara, sus labios se abren por la noche.

¿Por qué recitas ese poema? La última vez que le preguntó, ella amenazó con suicidarse. Otras veces se arranca los cabellos, se envuelve la nariz, va a estornudar y llora. La echan de los mercados porque escupe la fruta.

Él no encuentra la palabra. Come en silencio. Ella rima contenta, mientras teje. Sin pensar. En verano se aparean más que en invierno. Lo demás ya se sabe. Cada tanto tienen un hijo.

Germán García

Año I - Agosto 2007 - Número 12

Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido

domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Cumplió siete

Cumplió siete. Ya no es el mismo Cpendejo ruidoso de antes. Ahora, incluso, puede estar un largo rato sentado. Escribiendo, dibujando, leyendo, pensando. Pasamos horas, a veces, tirados en la cama, contándonos cosas de la vida, intercambiando experiencias. Yo le hablo de las mujeres que conocí. Él me confiesa qué chicas le gustan. Planificamos estrategias de seducción. Yo le hablo de los libros que leí, él me habla de Billie, de Mandie, de Puro Hueso. Se ríe mucho cuando repite la frase favorita del tonto de Billie: “nos destruirán a todos, nos destruirán a todos”. Yo le cuento cómo era de chico, qué cosas me gustaban, qué cosas odiaba. Él me dice que no me imagina chiquito, sin barba, sin bigotes. Me dice que yo nací así, como nacen los papás. Con este tamaño.

Siete años, cumplió. Se ríe mucho, le gustan los chistes, las bromas, las conversaciones divertidas. Está grande. Es raro verlo crecer, descubrir que cada día tiene más pelos rubios en las piernas. Es raro

*Yo le cuento cómo era de chico,
qué cosas me gustaban,
qué cosas odiaba.
Él me dice
que no me imagina chiquito,
sin barba, sin bigotes.
Me dice que yo nací así,
como nacen los papás.*

Eran doce*

habíamos ingerido, de manera mucho más violenta a como habían ingresado. Entre los marineros se destacaba James Pitres, un hombre alto, de larga cabellera y extremidades cortas, al menos en comparación con el resto de los marineros. Tal vez esa diferencia se debiera a que Pitres provenía de una región de Europa un poco más fría que el resto de sus compañeros. Lejos de disfrutar el penoso espectáculo de los científicos, Pitres asistía a los más enfermos mientras el barco se sacudía ferozmente. El resto de los marineros bebían y se mofaban de la triste suerte de los científicos. Tres de ellos bebían directo de la botella. Los demás bebían mucho menos, y lo hacían en pequeñas vasijas de madera o materiales similares. Algunos bebían en vasijas de

verlo más alto. Es raro tener que hacer un gran esfuerzo para voltearlo y ponerlo de espaldas cuando jugamos a la lucha. Ponerlo de espaldas y contar hasta diez. Tiene fuerza, a veces creo que tiene más fuerza que yo. Y es muy rápido, muy ágil. Eso lo siento, en realidad, cuando lo persigo por toda la casa para fajarlo con una zapatilla. Casi nunca lo alcanzo.

De a poco fue aprendiendo a utilizar su energía en otra dirección. Le interesa menos romper cosas. Lo que conserva, por supuesto, es el gusto por apretar todos los timbres de los edificios. A mí también me encanta eso.

La tarde en que festejó su cumpleaños -ahí, en Colorinche, como siempre, frente al Parque Lezama-, él estrenó la camiseta de Ustari, la 23, y unos botines grises, lindísimos. Ese día jugamos con la pelota nueva, la roja.

El mago que animó la fiesta hizo aparecer una paloma.

Ariel Bermani

barro, tal vez obtenidas de civilizaciones primitivas visitadas en anteriores expediciones. Pitres, en cambio, no tomaba vino como los demás. Él bebía agua. Tenía una pequeña botella que llenaba una y otra vez del dispenser que se encontraba en la cubierta del barco. Y cuando la calma llegaba, los científicos dormíamos y los otros marineros yacían desmayados en el suelo, intoxicados por el alcohol, Pitres seguía bailando hasta pasado el amanecer, con los ojos entrecerrados, y su botellita de agua en la mano.

Mariano Quintero

* Fragmento inédito, atribuido por algunos a Charles Darwin en alguna de sus expediciones al sur Argentino.

✉ CARTAS DE LECTORES

Estimado Señor Director de Odradek: la reseña publicada acerca de la presentación del libro de Ismael del Barco Fuentes titulado *Manual de Coprografía: Conocimiento y Predicciones*, firmada por el respetado Roberto Gárriz, que asienta su fama en el insustituible *Compendio de hagiografías del medioevo uruguayo*, movió mi interés, siempre insomne, de coleccionista e investigadora del tema. Presta a incorporar una bibliografía actualizada en torno de la cuestión abordada por el citado autor y obsesivamente por mí explorada, adquirir el volumen de mentas. Grande ha sido mi sorpresa -circunstancia que ha motorizado estas líneas- puesto que al revisar atentamente la obra descubrí con ínclita indignación que es una copia literal del volumen III de *The Anglo-American Cyclopedia* (New York, 1917) dedicado íntegramente al tópico de “Inquisiciones sobre excrementos orgánicos”, firmado por Herbert Ashe. Como Usted imaginará, de mis labios partió una colorida onomatopeya que me animo a traducir en los siguientes términos: ¡Los espejos y la paternidad son abominables! Mi sentimiento fue abordado por un pintoresco tropel de brumas, día tras día somos atropellados por acopiadores de restos intertextuales dignos de figurar en la nómina de personal de esas empresas que llevan por nombre anagramas tan vulgares como Bolivia Desconstrucciones. No nos dejemos sorprender, tengamos la mirada atenta y el espíritu reclinado.

Quisiera cerrar esta sentida misiva con una recomendación para todos aquellos lectores de esa prestigiosa publicación que fatigan atlas, catálogos, enciclopedias, anuarios de sociedades secretas, memorias de viajeros e historiadores, en busca de informaciones acerca de las técnicas más aggiornadas de detección de heces: ¡amigos no se dejan encandilar! examinen ponderadamente los folders y brochures de todas las prestigiosas editoriales que ofrecen con grandes titulares las obras más valiosas de sus fondos de comercio, allí se ocultan -donde ocultar un elefante sino entre otros elefantes-los textos mejor datados sobre el asunto de nuestro interés. Una, que ha dedicado toda su existencia al noble sacerdocio de la docencia, aun se sorprende de que algunas ediciones publicitadas como novelas, sean verdaderamente tratados encubiertos, ese es el caso de *La gesta del marrón* (rica metáfora colorista de nuestro objeto de estudio) del finísimo poeta y obvio pensador Cuadros Agunis, maior preboste de los rastreadores de mierda, que algunos iniciados sopesan como el magistral pater faber de la prosa caprosofal. No ocultaré, por cierto, que al despedirme de Usted me recorre un incunable escalofrío y una sensación abismada, casi saturnal, de deposiciones perdidas.

Adelma Badoglio
Educadora

Literatura de viaje

Hace poco fui a despedir a un amigo a Ezeiza. Como de costumbre, él hace su *check in* mientras yo lo espero del otro lado de la cinta y fantaseo con los posibles destinos que podría elegir si tuviera el dinero y el pasaporte vigente. Me quedo con su bolso de mano hasta que me hace señas de que se lo alcance, porque olvida que aunque no lo despache debe llevar la calcomanía pertinente que indica “equipaje de mano”. Cuando termina sus trámites, volvemos a juntarnos del lado de acá, y sabemos que es la última confluencia en territorio compartido. Casi no hablamos, y si lo hacemos, entablamos una conversación tan exagerada que pone en evidencia el vacío que empieza a horadarnos el cuerpo.

Ahora el aeropuerto es más moderno, más lindo y mucho más impersonal. Subimos las escaleras mecánicas, yo un escalón más arriba, de costado, para no darle la espalda, y él con la pera hacia arriba, con un gesto casi desafiante, como diciendo: “sí, me voy, y qué”. Hay un café en el piso de arriba, donde nos sentamos a esperar que se haga la hora del embarque. Pero esta vez

Algo más que cruzar la calle

Necesitaba alcanzarte pero pero no parecían resistirse. Logré verte de lejos, estabas en el otro lado esperándome y separaba, nuestro mundo simulaba la piel de una gran piña reseca, múltiples ranuras dibujaban la telaraña que encerraba muchas islas pero sólo una era tuya y la de enfrente, mía.

Debía cruzar el gran surco. Reconocí que era el cauce de un río seco poblado de singulares animales brillantes que corrían como ráfagas, tenían ojos blancos de varias pupilas y grandes estómagos transparentes. De colores variados y tan pulidas eran sus pieles que dejaban ver el cielo reflejado. Esta manada me impedía atravesar la grieta, miré alrededor y no era el único, varias personas corrían la misma suerte y otras eran deglutidas por alguna de las fieras

El jefe está solo y “parece” de buen humor (nunca se sabe), este es el momento para encararlo y hablarle del aumento. Estás así... tranquila, parada en la orilla, casi disfrutando de antemano el chapuzón que se viene pero también sabiendo que el agua fría molesta al principio.

Sí. Te ponés en marcha, encarás hacia la oficina del fondo y te vas repitiendo lo que le vas a decir, lo que probablemente te va a contestar y tu respuesta tajante a su cuestionamiento. Un paso, dos pasos, en puntas de pie, pegando saltitos. El agua te llega a la cintura. Ya está, más vale sumergirse de una y acabar con esta sensación molesta.

Toc, toc. Permiso. Cómo le va, perdón que moleste, tendrá unos segundos para mí. Solo el pelo quedó seco, ma’sí, te mojás toda.

Yo creo que a mayor responsabilidad, mayor paga. Creo que vengo cumpliendo sobradamente bien con mi tarea. Creo que es hora de hablar de mi

llegamos con tiempo, así que nos quedaban varios minutos imposibles de llenar con un tostado. Para evitar la incomodidad de empezar la despedida con tanta anticipación, le propuse ir a mirar la librería que está al lado de la casa de cambio. Por supuesto, no es muy diferente al resto de los locales que esta cadena tiene diseminados a lo largo y ancho del país, aunque algo la hacía verse distinta. Supongo que era la forma de recorrerla lo que me resultaba extraño. Generalmente, sabría qué texto buscar, pero en ese momento quería encontrar algo que hiciera ese instante perdurable. Me acordé de pronto de un libro que tenía ganas de leer y me parecía apropiado para la circunstancia: *El viaje*, de Sergio Pitol.

Carlos embarcó a horario y, como siempre, yo lo despedí agitando mi mano después de pegarle un abrazo que tradujo cuánto lo voy a extrañar. Me miró agradecido, porque junto a su pequeña valjita verde llevaba la posibilidad de seguir viajando por los inciertos destinos que nos promete la aventura literaria

Vanesa Pafundo

que apenas nacían, sus frutos maduraban en pocos minutos -verde, amarillo y rojo- y luego otros frutos salían y el ciclo se repetía. Por curiosidad me acerqué y toqué el árbol más próximo, era frío como hielo. Descubrí la lógica del sistema y la clave para llegar a Vos, supe que eran los árboles quienes tenían el control, poseían el don de dar ese fruto especial con el cual cumplían el papel de colosos directores coreógrafos de una danza inconsciente que todos seguían con precisión asombrosa. Al momento que los animales frenaban su paso según lo que los árboles les ordenaron, comencé a moverme y atravesé la grieta lentamente, asustado mientras observaba de cerca las bestias multicolores, al verlos con más detalle sus ojos brillaban como el sol y emitían un continuo y grave ruido blanco.

Mariano Bouche

Como una onda do mar

sueldo, que es el mismo del año pasado... pero todo aumentó. Creo... El mar es una plancha, el agua por la cintura, hacés un par de piruetas con poca gracia, hacés como un delfin, con cuidado, siempre cerca de la orilla. Igual te entra un poco de agua en la nariz.

Es cierto, cómo aumentó todo, y estos hijos de puta que hablan de la inflación de un dígito, decímelo a mí, que ya no sé cómo sostener la empresa, este país está hecho para los coimeros, al que invierte, al que le da laburo a los otros, lo cagan indefectiblemente. De repente te das cuenta de que el mar está que tira, te plantás firme en la arena, y con la succión del agua se te hunden los pies, levantás la vista, se arma una ola chiquiiiiita, que es un hambre.

Yo entiendo lo que te pasa, piba. Te juro que entiendo lo que decís. Imaginate si conozco el tema, todos los días viene alguien a pedir un aumento. ¿Y yo qué les digo? ¿Qué les digo? “A la mierda”, pensás. Así, de cerca, la ola parece más grande, ¿la paso

El lector que adelanta

Había una vez, lee y arriesga: un príncipe, un sapo, un loro, un caballo alado, de un vistazo sobrevoló la palabra príncipe y las alas del caballo y piensa que es un relato infantil, que puede pasar por alto unas letras de la primera parte, ahorrándose algunos adjetivos ampulosos, o diminutivos irritantes. Vuelve a aterrizar en la línea ocho y piensa que adelantó algo pero que todavía no se entiende a dónde va tanto palabrerío de este cuento para niños.

El que escribe para el lector ansioso, convencido de que la mezcla de ansiedad y apuro esconde algo de pereza, pergeña un párrafo largo, abigarrado, un obstáculo compacto para desanimar al otro, que elegirá levantar la vista,

La inquietud

Conocí aquella batalla. Puedo callar en el supuesto caso de que hablar sea un problema. Y también puedo hablar, ya que nunca diré nada.

Pero quiero aclarar que no tracé este círculo, aunque vi a quienes lo hicieron. Eran hombres que trabajaban cada día. Quizás buscaban agua. Cuanto más cavaban, más desaparecían en ese agujero negro. Algunas veces volvían a la superficie, respiraban y se tendían al sol. La siesta podía durar para los que no eran despertados por alguna pesadilla.

Vi también el agua cuando, al fin, mojó los cuerpos dormidos. Hubo tiempos de paz, con los reptiles inmóviles que eran nuestra felicidad, cuando se deslizaban en el agua con sus ojos dormidos. Aquellos hombres murieron, pero dejaron un nombre (herencia de algunas generaciones) por eso hablo en este lugar extraño, por eso los recuerdo con inquietud.

Germán García

por abajo o por arriba? ¿por abajo o por arriba? Tarde, la tenés encima.

Les digo que no, porque si les dijera que sí ya no existiríamos más como empresa, porque este país está hecho para los ladrones y los corruptos, y para los vagos. Yo, cuando empecé, laburaba gratis. Te revolcó. Vas en medio de la ola, dando vueltas, tratando de hacer pie, estirando las patitas, como una gila.

¿Algo más me querías decir? ¿Vos no eras la que pedía una cafetera nueva? La tenés, la cafetera es tuya, porque es cierto, ustedes tienen una muy chiquita que es vieja. Andrea, por favor, mañana quiero una cafetera como la gente en la oficina de la señorita ¿OK? Listo, mañana tenés cafetera nueva. Muchas gracias, los chicos van a estar contentos, gracias y disculpe. El mar se retiró y te dejó ahí, en la orilla, medio en pelotas, con arena en las orejas. Es ridículo, sos ridícula. Y te reís.

Yanina Bouche

manos. Está a punto de terminar el salto que lo lleva

en forma directa al próximo párrafo. Es un atleta y ésta última línea es la valla. Cae allá.

El feng-shui no nos libra de la imbecilidad, lee aquí, y como la frase está destacada en una ventana en medio del texto se dice que ya la leyó antes, o que ya la conocía, y la retiene acaso para utilizarla en alguna reunión social.

Ahora vacila, porque esa frase no tiene nada que ver con un cuento infantil, es decir que algo se perdió, y se pregunta si valdrá la pena releer todo de nuevo para ver si le encuentra algún sentido o si es preferible continuar con otro texto, y ya se sabe qué decide.

Roberto Gárriz